







CHASCON

AÑO I No 10 Julio 2 de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639. —Casilla 2787.

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Los dos hermanitos salieron al campo y como les vino un hambre terrible comenzaron a comer, felices, un pedazo de torta.



en grupo, una vieja que se había averiguado toda la historia.

—¡Viva Tarzán! gritó un viejo todo encorvado, que quiso probar si todavía le quedaba un poquito de voz.

Pero nadie respondió a ese grito. La gente de los pueblos no es amiga de los fanfarrones como Tarzán, que meten tanta bulla de trompetas y tambores para darse importancia.

Caminando, caminando, el ejército llegó hasta el puerto en que Chascón se hallaba refugiado en el barco pirata.

- —Ahí, debe de estar Chascón, dijo Tarzán a sus soldados Obligaremos a los piratas a que lo entreguen, si no quieren pagar con sus vidas la audacia de negarse a mi pedido.
- —Si, si, obligaremos a los piratas a que nos entreguen al maldito Chascón, para arrojar su cuerpo a las fieras, gritaron los soldados.

Pero, mientras tanto, en el barco pirata se habían dado cuenta de la llegada de Tarzán.

—Ya llegó— dijo alegremente el capitán pirata.—Seguramente vamos a tener una buena pelea. ¡Viva el pabellón de los filibusteros! ¡Vivan los piratas!

Un formidable grito de la marinería respondió al capitán.
—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Viva nuestro pabellón! ¡Viva la pelea
y la gloria!—aullaron felices los piratas.

and the said

Si Ud., lectorcito, quiere saber algo más de esta interesante serie, lea las páginas centrale

Pitirriti se hace domador

I

Pitirriti fué una noche al circo.

Aquella noche había función de gala. Los acróbatas le llenaron de admiración con sus saltos y sus equilibrios. La amazona le gustó tanto que estuvo a punto de enamorarse de ella; y un chinito que sacaba peces de un sombrero hacía desaparecer un hombre a la vista del público y convertía un gallo en acordeón, le dejó maravillado.

Pero lo que más le llamó la atención fué un domador de perros. ¡Hay que ver las cosas que aquel señor había conseguido enseñar a los animalitos!

Aquello impresionó tanto a Pitirriti, que se pasó toda la noche sin pegar ojo, pensando que el ser domador era, sin duda alguna, cosa muy importante.

Al amanecer se quedó dormido; pero su sueño fué agitado y lleno de pesadillas.

Cuando se despertó, lo primero que hizo, después de lavarse, fué tomar una resolución: la de hacerse domador.

—Pero, ¿domador de qué?—se preguntaba, mientras mojaba bizcochos en el chocolate.

Porque ya comprenderéis que Pitirriti no se resignaba a ser un domador vulgar. Necesitaba sobresalir, como siempre, entre todos.

Abstraído con su preocupación, se paseaba por las calles de la ciudad, expuesto mil veces a ser atropellado por un auto; tal era su distracción. Hasta que un día oyó que una señora decía a otra con aire consternado: "Mi hijo me tiene loca; no hay quien haga carrera de él, tiene un carácter indomable."

Al oír estas palabras, Pitirriti se dió un golpe en la frente v exclamó:

—Ya está, lo encontré. Seré el domador más estupendo que ha existido: voy a domar el carácter.

Revolvió libros de todas clases: egipcios, griegos, indios, ¡hasta chinos! Lee que te lee estuvo no sé cuánto tiempo, hasta que se convenció de que ya tenía el secreto para domar el carácter.

El primer ensayo lo hizo con su portera, que se llamaba Damiana y tuvo muy buen resultado.

II

Su Majestad el león había pasado la noche en un rugido. Tenía un dolor de muelas que le hacía sufrir horriblemente.

—¡Ay del que me encuentre en el camino!—decía agitando la melena y echando lumbre por los ojos.

De pronto, vió que no a mucha distancia había un ser extra-

—Vamos hombre, ya tengo mi almuerzo—se dijo S. M. con satisfacción—¿Pero qué clase de bicho será éste?

El que el tomaba por un bicho era Pitirriti.

Naturalmente, el león se avalanzó hacia Pitirriti, y cuando ya abría la boca para tragárselo, éste fijó su penetrante mirada en él y exclamó:

—Ru fu-ja-ja ké ké. Quiero que te vuelvas cobarde como un ratón.

En el momento sintió el león que le entraba una cosa desconocida en el cuerpo. Se apagó el brillo de su mirada y empezó a temblar.

A los pocos pasos, y escondido detrás de unas matas, un conejillo daba diente con diente, muerto de miedo. Pero a pesar de que se ocultaba cuidadosamente, Pitirriti le había visto:



Se dirigió a él, y mirándole fijamente, repitió la misteriosa palabra, añadiendo:

-Quiero que seas valiente y feroz como un tigre.

'Al oir aquellas palabras, el conejillo pegó un salto y salió de entre las matas que le ocultaban. Sus ojillos echaban lumbre y sus orejas estaban más tiesas que un palo.

Al verle, el león lanzó un quejido de dolor y echó a correr como un desesperado. El conejillo le perseguía encarnizadamente.

Su majestad atravesó toda la selva, huyendo de su implacable perseguidor. Así llegó hasta su caverna, en la que se precipitó como un loco, cerrándola y atrancándola con una enorme piedra. Luego cayó desmayado al suelo.



La portera cambió, entonces, por completo, y se puso amabilísima.....

Ш

El señor sapo vivía en un agujero solo, constantemente solo, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, taciturno, aburrido, melancólico, malhumorado.

Se pasaba los días y los meses sin moverse del sitio, con la mirada vagamente fija en el espacio. Su color era cada vez más amarillo; sin duda padecía del hígado. Algunas veces pasaba junto a él una vivaracha lagartija que vivía en un agujero de la vecindad, y le decía:

—Buenos días, vecino. ¿Ha visto usted qué mañanita tan hermosa?

Pero el señor sapo ni se dignaba contestar. Seguia en su actitud sin decir una palabra. Decididamente, no quería trato con nadie. Un día en que, como de costumbre, se hallaba a la puerta de su agujero, sin más movimiento que el de su verde panza al respirar, pasó junto a él Pitirriti.

Nuestro héroe se le quedó mirando fijamente. Luego pronunció la palabra misteriosa:

-Ru fu-ja-ja ké ké.

Y añadió:

-Quiero que seas amable y comunicativo.

te eléctrica. Sus ojillos se abrieron, su larga boca sonrió, y perdiendo su actitud de fetiche indio, hizo una graciosa reverencia. Después se metió en su agujero.

Al día siguiente, el topo, el ratón, la lagartija, el erizo y la comadreja, quedaron altamente sorprendidos al recibir una tarjeta que decía así:

El señor Sapo y esposa tienen el honor de invitar a usted a la reunión que darán en sus salones subterráneos el día 23 del corriente, a las cinco de la tarde.

TRAJE DE ETIQUETA

El día de la fiesta, los salones de los señores Sapo estabamagnificamente iluminados.

El señor y la señora Sapo recibian a los invitados con exquisita amabilidad.

La velada fué verdaderamente deliciosa. Mientras se servia el té, una orquesta, compuesta por tres cigarras y por tres grillos con frac colorado, tocaban las piezas más en boga.

Después del té, la señora Sapo cantó una romanza napolitana con una hermosa voz de contralto. Tuvo que repetirla entre los aplausos de la multitud.

Después empezó el baile.

Al terminar la fiesta, todos los invitados se hacían lenguas de la amabilidad del señor Sapo y su señora.

IV

En medio de una selva había una charca.

Desde tiempo inmemorial vivían en ella una familia de ranas, varias anguilas, algunos peces, una familia de cangrejos, dos patos, un cisne y una ratita de agua.

El cisne era orgulloso en exceso. No se trataba con nadie: se paseaba deslizándose por el agua con aire majestuoso, haciendo eses con su largo cuello y moviendo desdeñosamente su cabeza de puño de bastón.

Los patos eran un poco estúpidos. En el agua todavía podian pasar; pero en cuanto saltaban al césped, tenían una manera de andar tan desgarbada y rídicula, con sus patas cortas y sus movimientos reumáticos, que todo el mundo les llamaba patosos.

Las ranas eran francamente insoportables. Saltaban de un lade para otro, y cuando se paraban empezaban todas a cantar con una voz tan desafinada que daba pena oirlas. No sabían más que una canción, siempre la misma:

Crrrac, errrac, errrac...

Al cisne le levantaban dolor de cabeza.

Así las cosas, se presentó un día Pitirriti, y parándose al borde del agua, se quedó contemplando a todos aquellos seres.

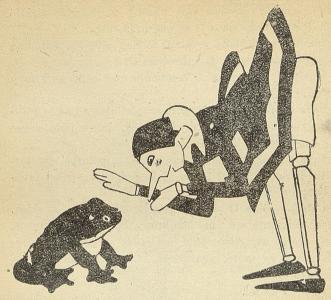
—¡Vaya! vamos a cambiar el carácter de estos bichos—se dijo el genial domador.

Y lanzó su enérgica y extraña frase:

←Ru fu-ja-ja ké ké.

¡La que se armó, Dios mío!

Apenas había pronunciado Pitirriti las misteriosas palabras, las ranas empezaron a andar hacia atrás, los cangrejos se pusieron a dar saltos, las anguilas sacaron la cabeza y empe-



Pitirriti cambió el carácter de todos los animales.

zaron a navegar majestuosamente sobre la superficie del agua, el cisne se sumergió, los patos nadaban como los peces y los peces se paseaban por la hierba como los patos, la ratita permanecía horas enteras sentada en una hoja de nenúfar, en la actitud de las ranas... ¡el caos!

V

Pitirriti había conseguido cambiar el carácter de todos los habitantes de la selva; pero empezaba a aburrirse entre aquellos bichos, que al fin y al cabo no sabían apreciar como era debido los resultados de su extraordinario talento de domador.

Pitirriti, era un poco vanidosillo; por esto, deseoso de lucir

sus habilidades entre los hombres, nuestro domador se dirigió hacia una aldea que había a la salida de la selva.

En esta aldea se hallaba veraneando una señorita solterona y un poco chiflada, que se llamaba doña O.

Doña O vivía sola, sin más compañía que la de un loro y una tortuga.

El loro era un parlanchín, y se pasaba el día cantando y diciendo tonterías, con una voz de fonógrafo descompuesto que atacaba los nervios. Se llamaba Belmonte.

La tortuga era medio idiota y tan pesadota y torpe, que tardaba cuatro horas en ir del fogón al fregadero, su paseo favorito: se llamaba Sesostris.

Un día en que doña O paseaba por las afueras de la aldea, llevando a Belmonte en un hombro y Sesostris en brazos, Pitirriti se acercó cautelosamente, y fijando su poderosa mirada en el loro y en la tortuga respectivamente, pronunció la misteriosa palabra:

-Ru fu-ja-ja ké ké.

En el momento ocurrió una escena sorprendente. Sesostris dió un salto formidable desde los brazos de su ama, y salio corriendo con la velocidad de un gamo. Doña O se quedó con la boca abierta, y antes de que hubiese vuelto de su asombro, la tortuga había desaparecido.

La buena señora no podía abandonar a aquel ser querido, y salió en su persecución corriendo de manera tal, que cuantos la veían, creían que se había vuelto loca o que se había destocado.

Pero recorrió en vano toda la aldea y tuvo que volverse a su casa bañada en llanto y en sudor. Al entrar en su habita-pión vió a Belmonte, su loro querido, inmóvil junto a la cómo-fia. A él se dirigió, y con acento doloroso empezó a hablarle esí:

—¡Ay, mi Belmontito! ¡Precioso de mi corazón! Ya sólo me quedas tú. Dile algo a tu amita para consolarla.

Y entonces con el asombro que podéis suponer, vió que el lorito levantaba una patita y abría y cerraba los dedos.

¡Belmonte se había quedado mudo y hablaba por señas!



IVI

A los dos días de estar Pitirriti en la aldea, todo estaba trastornado. Nuestro domador no dejaba bicho tranquilo, Animalito que encontraba, fuese grande o chico, animalito que cambiaba de carácter.

La siguiente escena dará idea del estado a que habían llegado las cosas.

El tío Rulo era un labrador fuerte y coloradote, que vivía en paz y en gracia de Dios con su mujer, la tía Rula, tan fuerte y tan colorada como su esposo.

Una mañana se levantó el tío Rulo para dirigirse a las faenas del campo, como tenía por costumbre; al ver que había salido el sol, se quedó extrañado.

-; Hombre!—se dijo—¿cómo será que no ha cantado el gallo?

Se dirigió al corral y vió que el gallo y las gallinas dormían y roncaban a pierna suelta. Aquello era muy raro. El tío Rulo se rascó el cogote, lo que en él era signo de gran perplejidad. De pronto sintió que le mordían los calzones y que le arañaban las pantorrillas; al mismo tiempo oyó un maullido prolongado.

¿Cuál no seria su asombro al ver que el que le mordía, le arañaba y maullaba era Sultán, su perro fiel y cariñoso? Aquello era tan extraño, que el tío Rulo volvió a rascarse el cogote. Pero como se hacía tarde y tenía que ir al campo, se dirigió a la cuadra y sacó la yunta de bueyes y los unció a la carreta.

—¡Arre, Pintado! ¡Arre, Generoso!—dijo, y empezó a andar con la vara al hombro.

Pero los bueyes no se movían. A los pobres animales les temblaban las patas, y por más esfuerzos que hacían, no podían arrastrar la carreta, no tenían fuerza.

El tío Rulo se quedó con la boca abierta. Esta vez se rascó el cogote con las dos manos.

De su embobamiento le sacó el ruido de unas grandes voces: era la tía Rula, que apareció en el corral haciendo ademanes de desesperación.



—¡Ay, Señor!—exclamaba la pobre mujer llevándose la manos a la cabeza—. Esto es el fin del mundo. He ido a dar de comer al cordero, y se ha tirado a mí como una fiera. Además resulta que ahora es el gallo el que pone huevos. Mira Rulo—ordenó a su esposo—móntate en el burro y vete corriendo a buscar al veterinario, al señor alcaldo y al señor cura, porque esto es una brujería.

El tío Rulo, cada vez más atontado, se dirigió al pesebre donde estaba el pollino. Pero al llegar junto a él se quedó como una estatua. En el pesebre, abierto de par en par, había un libro. El borrico estaba estudiando.

El tío Rulo, al ver aquello, salió disparado. La tía Rula cayó redonda al suelo con un ataque de nervios.

El pobre hombre cruzó el pueblo, dando voces como un loco, y no paró hasta llegar a la plaza, donde un numeroso grupo de vecinos le cerró el paso. Todos ellos se hallaban en el mismo caso que el tío Rulo. El que más y el que menos, creía que el mundo se volvía al revés.

El coro de lamentaciones iba aumentando. Todos tenían algo por qué que jarse. En esto se presentó un pastor que venía a todo correr y que empezó a gritar.

- -Ya sé quién es, ya sé quién es.
- —¿El qué?—preguntó el alcalde que se hallaba en la reunión.
 - -El que cambia a los animales.
 - —¿Dónde está?
 - -Ahora mismo le he visto a la entrada del pueblo.
 - -Pues que lo traigan a mi presencia.

Cincuenta mozos salieron disparados en busca de Pitirriti.

Antes de que nuestro domador pudiera ponerse en guardia, aquellos energúmenos le cogieron y le llevaron ante el señor alcalde. Al ver a Pitirriti, todo el pueblo quizo abalanzarse a él; pero el señor alcalde levantó la vara y dijo:

- —Queremos saber como te las arreglas para cambiar a nuestros animales.
 - -Soy domador.
 - -¿Y eso para qué sirve?
 - -Pues sirve para pasar el rato.
- —¿Y te parece a ti bien que por pasar el rato havas causado el trastorno que has causado?

—¿Pero es que no os divierte?—preguntó Pitirriti con asombro.

-A la cárcel, gritó el pueblo, indignado.

—Esperad—exclamó Pitirriti, imponiendo silencio con un ademán majestuoso.—Si me encerráis, no conseguiréis nada, porque yo solo puedo hacer que vuestros animales vuelvan a ser lo que fueron.

Pitirriti vió que todo el pueblo se le venía encima. Entonces plantándose en medio de la plaza, fijó sa mirada de águila en el grupo y gritó con voz estentórea:

—Ru fu-ja-ja ké ké .

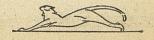
Como por arte mágico cesaron las gritus. Nos viejos bajaron sus garrotes; los chicos tiraron las piedras al suelo; las mujeres ocultaron las uñas bajo el delantal, y los hombres que amenazadoramente mostraron los puños, se metieron las manos en los bolsillos. La ira que brillaba en los ojos se apagó, y las bocas dejaron de lanzar rugidos para dibujar plácidas sonrisas... el pueblo entero estaba domado.

Entonces Pitirriti habló así:

—Si quisiera podría marcharme tranquilamente y dejar las cosas como están; pero sería una maldad, y yo soy incapaz de hacer maldades. Comprendo que me he equivocado: todo el mundo se equivoca alguna vez; pero el que reconoce su error y lo remedia es una buena persona, y yo quiero, antes que nada, ser una buena persona. Podéis estar tranquilos; haré que los animales yuelvan a ser como fueron.

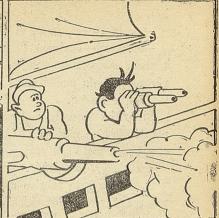
Y así ocurrió. Pitirriti deshizo lo que había hecho, convencido de que pretender reformar la naturaleza es una locura...







Cuando Tarzán divisó, desde s, el barco pirata, ordenó a sus ados que se prepararan para el bate ...



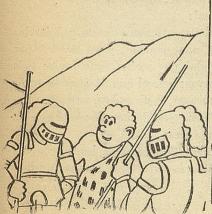
2.—Chascón, desde el barco, miraba con unos largos anteojos los movimientos del enemigo. Ordenó, de repente, que dispararan un cañonazū.



.-Bebiendo estaban cuando apareieron los soldados de Tarzán, Chason fué hecho prisionero y conduido ante su enemigo.



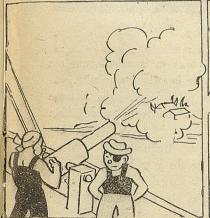
6.—Tarzán lo hizo encadenar y preparó una hoguera para quemarlo. Pero Chascón rompió sus cadenas y huyó hasta una canoa que lo condujo al barco de los piratas.



El ejército de Tarzán emprenla fuga. Detrás de una montaasta el anochecer, estuvo espeo que los piratas bajaran a tie-



4.—Chascón, seguro de su victoria, fué a tierra con un centenar de piratas armados hasta los dientes. Entraron en un bodegón, a beber una copita para celebrar el triunfo.



7.-El capitán pirata al saber lo que había ocurrido, juró vengarse. Bombardeó la ciudad, haciéndola arder por sus cuatro costados.



8.-Tarzán, para no quedar convertido en chicharrón, tuvo que huir, al galope. Estaba furioso y pensaba en la venganza más cruel.

¿Dénde se fué Tarzán? ¿Qué hizo después? ... Lo sabrá el jueves.



Cuando a Pirulin se le metia algo en la cabeza, que era grande y dura, no había manera de hacerlo comprender.

—Pirulín—le decian—no seas porfíado. Escucha siempre a los que saben más que tú. Los niños desobedientes no tardan en recibir un severo castigo.

Pero Pirulín no escuchaba a nadie. Era testarudo como un asno viejo. Hacía lo que se le antojaba y se burlaba de todo el mundo.

En el colegio, su profesor estaba aburrido de darle conseios, de procurar que obedeciera. Pirulín era indomable.

Un día un tío bonachón, que venía del campo, quiso hacera le un obsequió.

-¿Qué quieres que le regale, Pirulín?-le preguntó.

Pirulín guardó silencio unos minutos, pensando, pensando. Primero quiso pedirle una bicicleta, para salir todas las tardes de paseo. Pero era algo cobarde y temió caerse, de modo que no pidió la bicicleta. Después quiso pedirle una caja de soldaditos de plomo; pero pensó que, si hacía con ellos grandes batallas, en las noches tendría pesadillas. Y tampoco pidió la caja de soldaditos. ¿Qué pediría?...¡Un buen libro!... Si; un lindo libro con estampas y muchas aventuras, para poder imaginar a ratos que era él quien las vivía valerosamente.

—Quiero un libro de cuentos—dijo Pirulín. Me gustan las historias en que hay gigantes, dragones, príncipes que pasean a caballo y tienen un puñal encantado.

El tío de Pirulín fué a una librería y compró un libro muy hermoso. Se contaba en ese libro la vida aventurera de un enano que, después de recorrer montañas y llanuras, se encontró con unos gigantes de barba roja. Los gigantes se dieron cuenta de repente de la existencia de un enano y, como eran malvados como bandoleros, decidieron matarle. El enano escuchó las palabras de los gigantes y, lleno de pavor, se escondió en la oreja de uno de ellos. La oreja era más grande que una torre. El enano se metió por ella y, con ayuda de un cuchillito de plata, comenzó a rebanar por dentro a su enemigo, que enloqueció de dolor y terminó por morir lanzando espantosos aullidos. Los demás gigantes, al ver lo que le ocurrió a su compañero, escaparon a grandes trancos y el enanito quedó dueño absoluto de las montañas del oro.

Este libro llenó de regocijo a Pirulín. Deseaba ardientemente que llegara la noche, para estar solo en su pieza y poder comenzar su lectura, a escondidas, pues le habían prohibido que leyera a esas horas.

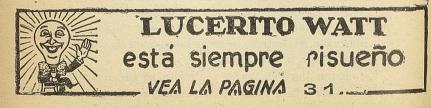
En cuanto llegó la noche y Pirulín se fué a acostar, después de dar un beso a sus padres, encendió una vela y empezó a leer las aventuras del enanito. Tanto leyó y tan mala era la luz que le alumbraba, que al otro día Pirulín tenía los ojos completamente enrojecidos, como si hubiera llorado mucho. En la escuela, el profesor le dijo que se cuidara, que la vista era algo importantísimo y que no convenía hacer nada que pudiera perjudicarla. Pero Pirulín, que no escuchaba consejos, se burló del profesor y, a la noche siguiente, continuó, siempre a escondidas, su lectura. El enanito que peleaba con los gigantes le tenía enormemente entusiasmado

Al cabo de tres noches de leer a la luz de una vela, Pirulín andaba con unos ojos más colorados que una zanahoria. El padre de Pirulín quiso averiguar a qué se debía esto y descubrió que su hijo leía hasta muy tarde. Se enfadó mucho el padre de Pirulín y le amenazó con quitarle el libro si insistía en su lectura de todas las noches. Pero Pirulín, testarudo como era, no hizo ningún caso y no tardó en verse obligado a ir donde un oculista.

El médico le examinó con unos anteojos que parecían máquinas de guerra, lo cual asustó muchísimo a Pirulín. Después de examinarle, le dejó caer en los ojos unas gotitas blancas que le hicieron ver estrellas en pleno día.

—Este niño está con los ojos imposibles—dijo el médico, Tiene una irritación espantosa. Va a tener que usar anteojos obscuros durante algunos días.

Pirulín, que era muy presumido, protestó. No le gustaba and dar con anteojos obscuros, lo mismo que esos ciegos que se ponían a veces a tocar el acordeón en la esquina de su calle. Pero tuvo que usarlos una semana entera. Y esto le hizo sud



frir enormemente, porque en el colegio se burlaron de él sus compañeros.

-Toma un cinquito, ¡pobre ciego!-le decian.

Pirulín estaba avergonzado. Apenas sanó de la irritación que le aquejaba, prometió solemnemente a sus padres no volver a leer en las noches, a la luz de una vela. Y, ¡cosa curio-

LA PALOMA

Un pozo pintado vió una Paloma sedienta.
Lanzóse a él, tan violenta. que contra la tabla dió.
Del golpe al suelo cayó y allí muere de contado.
De su apetito guíado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.

Félix Maria Samaniego.

sa! Pirulín cumplió su promesa. Por eso, su padre, el día de Navidad, le obsequió otro libro de aventuras y le permitió que lo leyera en su cuarto, al atardecer, durante una hora cada día. Pero esta vez no le ocurrió nada malo. Es que instaló, sobre su velador, una lámpara eléctrica muy simpática, que daba casi tanta luz como una mañana de primavera.

Los Magos Bonetudos

Al rey Pajaritof lo quisieron asesinar una noche. Estaba tranquilamente durmiendo, y de pronto sintió que una mano vigorosa le apretaba la garganta. Pajaritof no deseaba morir estrangulado, de manera que comenzó a dar gritos espantosos. Los asesinos, entonces, huyeron tan velozmente que no quedó de ellos la menor huella. En cuanto entraron los soldados de la guardia a ver qué le ocurría al soberano, Pajaritof dijo que se trajera inmediatamente a los magos de la Corte, para preguntarles quién podía ser el hombre que pretendía matarle tan cruelmente.

Los magos al recibir la orden de presentrse ante el rey, se colocaron sus altos bonetes, tosieron con solemnidad, y se encaminaron en seguida a la alcoba del monarca.

—¿Quién es el hombre que ha querido asesinarme?—le preguntó Pajaritof.

Los magos fruncieron el ceño, pensaron cerca de una hora en silencio, y contestaron después:

—Es el principe heredero. Ha querido matarte para apode-

Pajaritof, al oír esto, comenzó a llorar tan desesperadamente que hasta los magos se conmovieron. Pajaritof amaba mucho a su hijo, el príncipe heredero, y le dolía que éste le deseara la muerte de una manera tan horrible. Pero, como era necesario castigar al asesino, Pajaritof dió órden de que se encerrara a su hijo en el peor calabozo del reino.

Lloró el principe su desventura. Pero he aquí que, de re-



Huyeron los magos bonetudos con velocidad de conejos.

pente, escuchó que alguien se movía en la obscuridad, al lado suyo.

—¿Quién eres?— preguntó el príncipe. ¿Qué haces aquí, encerrado como yo, en este calabozo que nos verá morir?

—Soy el antiguo mago de la Corte—contestó el desconocido. Siempre fuí leal al rey, tu padre, y por eso su Majestad Pajaritof me colmó de riquezas. Pero los otros magos envidiosos, me calumniaron. Su Majestad creyó en la calumnía y ordenó que me encerraran aquí. Siete años que vivo entre tinieblas, oyendo como se pasean las arañas en la obscuridad. Pu:s bien: los magos han pretendido ahora asesinar al rey. Como han sido descubiertos, han echado la culpa sobre tí, para hacerte morir y en seguida apoderarse más fácilmente del reino.

—Esto es espantoso—dijo el príncipe. ¿Cómo podremos probar nuestra inocencia y hacer castigar a los magos?

—No te apenes—le contestó su nuevo amigo. Tu padre que te quiere mucho, hará que comparezcas mañana a su presencia.

Entonces tú le presentarás este espejo mágico y le dirás que en él se reflejará la escena de la alcoba real en los momentos en que se quiso asesinar a Su Majestad Pajaritof.

Dijo estas palabras el antiguo mago y le entregó al príncipe un espejito. A la mañana siguiente, vinieron unos guardias y se llevaron al príncipe a presencia del rey. Se arrodilló el príncipe ante su padre y le dijo:

—Yo no he querido asesinarte. Un mago bueno, al que hiciste encerrar hace siete años en un calabozo, a causa de una calumnia, me ha dado un espejo que te demostrará que soy inocente y te hará conocer a los culpables.

El rey tomó el espejo entre sus manos y he aquí que, inmediatamente, en él comenzó a reflejarse la alcoba real.

Era en la noche. El rey dormía. Entraron los magos, muy silenciosos, llegaron hasta la cama y comenzaron a estrangular al soberano.

Pajaritof, al sentirse perdido, dió grandes gritos. Entonces los magos huyeron. Pajaritof vió todo esto en el espejito y se enfureció:

Dió orden en seguida que se apresara a los magos. Pero éstos, que alcanzaron a saber la noticia, huyeron con una rápidez de conejos perseguidos por los galgos. Al cabo de tres días, los soldados del rey los alcanzaron en lo alto de una montaña Cargados de cadenas, los magos fueron traídos a presencia de Pajaritof, que los condenó a muerte. Fueron ahorcados frente a todo el pueblo, que gritaba espantosas injurias a los bonetudos magos.

El príncipe consiguió con su padre que sacara de la prisión al mago antiguo, al que le fueron devueltas todas sus riquezas. Y desde entonces hubo en el reino mucha tranquilidad, mucha paz, mucha armonía.

El chanchito que no quiso crecer

Hace mucho tiempo vivía un grueso charchito, de color rosado, que pertenecía a la tía Arrugas. Esta era casi una bruja, y a veces hacía algún encantamiento, pero, en realidad, no era muy práctica en tales menesteres y, por lo tanto, se equivocaba no pocas veces.

El chanchito se llamaba Cebón, y la tía Arrugas solía llamarlo a la cocina para que contribuyese a sus encantamientos. No tenía ningún gato negro, de ojos verdes, para que la asistiera, según costumbres de las verdaderas brujas, pues no podía proporcionárselo a causa del precio elevado de tales animales. Pero Cebón el chanchito rosado lo substituía muy bien.

A Cebón le molestaba ayudar a la tía Arrugas. Los encantamientos olían de un modo muy raro, y nunca se sabía si aparecería un humo amarillo o verde, o si, de repente, surgiría un haz de llamas. Por esta razón y cuando sospechaba que su ama se dedicaba a la brujería, él procuraba esconderse. Mas eso no le servía de nada, porque la tía Arrugas lo encontraba siempre. Era demasiado gordo para ocultarse como es debido.

Un día la tía Arrugas lo llevó a la cocina para que le ayudase a hacer un nuevo encantamiento. Alguien le dió la receta para obtener pasteles mágicos, y deseaba proporcionarse algunos. Mas para eso, Cebón había de permanecer en el centro de un círculo trazado con yeso, en tanto que ella misma se hallaba fuera y empezaba a recitar, canturreando, una serie de palabras mágicas. En cosa de dos minutos y con gran sorpresa de Cebón aparecieron dentro del círculo numerosos pas-

telillos de frambuesa. Parecian acabados de cocer, y tenían aspecto de ser deliciosos. A Cebón se le hizo la boca agua y le empezó a temblar la jeta. Con el mayor gusto habría olfateado uno de aquellos pasteles, pero no se atrevió a moverse mientras continuaba el encantamiento.

En el preciso instante en que la tía Arrugas dejó el libro para ir en busca de un plato en que poner los pasteles mágicos, se oyó una llamada a la puerta.

—¡Maldito sea! Será el carnicero—dijo la tía Arrugas, dirigiéndose a la puerta, sin acordarse de que dejaba a Cebón y los pastelillos dentro del círculo.

Aquello fué ya más de lo que podía resistir Cebón. En cuanto su ama volvió la espalda, olfateó un pastelillo y notó que olía tan bien, que se lo comió. Su sabor era exquisito. Entonces Cebón se comió, otro, otro y otro... En una palabra, que se los había comido ya casi todos, cuando la tía Arrugas regresó a la cocina.

Entonces Cebón observó algo, extrañísimo. La tía Arrugas parecía ser enorme, sencillamente enorme. El no acababa de comprenderlo. Paseó la mirada por la estancia y dió un chillido de sorpresa. También las sillas y las mesas eran de un tamaño desmesurado.

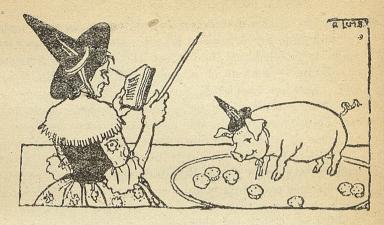
Aquellos pastelillos mágicos tenían la propiedad de hacer disminuir considerablemente de tamaño a quienes los probasen.

Cebón se había comido unos cuantos, y era muy pequeño, puesto que cada pastel lo redujo a mitad de tamaño que tuviera al comérselo.

La tía Arrugas lo miró asombrada, y luego dió una patada de disgusto.

-¡Oh, estúpido y goloso cerdo! ¡Te has comido todos mis pastelillos mágicos.

¡Malvado! Espera a que recobres tu habitual corpulencia y ya verás que paliza te doy.



Poco después aparecieron unos pastelillos

Cebón se asustó tanto, que salió del círculo mágico y corrió hacia un rincón. Lo persiguió la tía Arrugas, y entonces el cerdito descubrió que, gracias a su tamaño actual, le era mucho más fácil esconderse. Se metió en un agujerito abierto por los ratones y permaneció quieto allí. La tía Arrugas registraba por debajo de las sillas y de los muebles, pero no pudo encontrarlo.

Cebón penetró en aquel agujero y, de pronto, tropezó con algo caliente y suave.

—¡Hola!—exclamó una voz cascada.— ¿Quién eres? Cebón se volvió y pudo ver a un ratoncillo gris, que tenía

unos ojos muy brillantes.

—Espero que no te habré interrumpido el paso— dijo cortésmente.— Pero lo cierto es que trato de ocultarme de esa desagradable tía Arrugas. Quiere darme una paliza.

—Lo siento mucho por tí. Esa mujer no es una persona agradable. Es avara y nunca deja una sola miga de pan para mí o mi familia. ¿Por que no te escapas?

-Es una idea excelente-contestó Cebón, muy satisfecho.

.—¿Por qué habría de volver a su lado? Pero, ahora recuerdo, ratoncito, que soy demasiado pequeño. Quién podrá devolverme mi tamaño habitual si no regreso al lado de la tía Arrugas?

—Nadie — contestó el ratoncito muy alegre. —Mas ¿para qué quieres ser grande? Es mucho más agradable ser pequeñito. Puedes ocultarte en todas partes y meterte donde quieras. Yo, toda mi vida, he sido pequeñito, y estoy muy contento de eso. Y en tu lugar continuaría siendo pequeñito, amigo.

Cebón reflexionó acerca del particular, y se dijo que el ratón estaba en lo cierto. Resultaría agradable ser pequeño.

—Pero no tengo más remedio que encontrar un hogar en alguna parte—dijo al ratón.—He de pertenecer a alguien.

—Bueno, métete por ahora en mi madriguera—contestó el ratón.—Te enseñaré a dónde conduce este pasillo. Lleva a una granja, y podrás preguntar a la mujer del granjero si quiere mantenerte en su pocilga. Es una buena mujer, y muy bondadosa para los animales. Espero que te dejará vivir en su cassa.

Cebón le siguió en tanto que el ratoncillo se aventuraba por un largo túnel que conducía a un campo. El ratón asomó la cabeza para darse cuenta de si estaban vigilando los gatos de la granja, pero no había ninguno a la vista.

—Allí está la esposa del granjero. Mirala—murmuró el ratón.— Está dando de comer a las gallinas. ¿La ves? Vé a preguntarle.

Cebón se despidió del roedor y luego se encaminó a la granja de aquella buena mujer. Dió un par de gruñidos cuando estuvo a sus pies, y ella le vió entonces entre las gallinas, muy pequeñito, mucho más que un polluelo acabado de nacer. Lo tomó, muy asombrada, y luego Cebón le preguntó:

—¿Quiere usted proporcionarme hogar? Necesito una nueva casa.

La esposa del granjero se rió, meneando la cabeza.—Eres un animalito muy divertido—dijo.—No me reportarías nin-



-Permítame vivir con sus patas-rogó Cebón.

guna utilidad a causa de tu pequeñísimo tamaño. Los demás cerdos te comerían. No, no, habrás de ir a otra parte.

Cebón se alejó muy triste. ¿A donde iría? Anduvo de un lado para otro, sin rumbo fijo, y, por fin, llegó a la falda de una colina, en donde unas ovejas tan grandes como elefantes, a los ojos del cerdito, pacían con el mayor apetito.

— Me gustaría mucho vivir aquí—pensó Cebón.—Aquí abunda el sol, y las ovejas no me harían ningún caso. Ire a preguntar al pastor si me quiere.

Fué en busca del pastor, que estaba sentado en la hierba, y mirando al cielo, para ver si amenazaba lluvia.

-: Me quiere usted para que sea un animal de su propieddad?-preguntó al pretendido pastor.

El pastor inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Para qué sirve un chanchito como tú?—preguntó.—Eres

inútil para todo. Mis perros te morderían después de haberte olfateado. Vete antes de que sea demasiado tarde.

El pobre chanchito se alejó. Y continuó corriendo hasta llegar al lado de una pastora de patos, que llevaba a estos animades al prado comunal. Se acercó a la jovencita y rozó una de las cintas de su zapato.

—Permitame que sea su chanchito-rogó.—Déjeme vivir en compañía de sus patos.

La niña lo mitó muy asombrada.

-¿Para qué sirves? — le preguntó. — Eres demasiado pequeñito. ¿Quién te querrá al verte tan diminuto?

Los patos vieron al cerdito y empezaron a graznar y a dar bufidos. Rodearon a Cebón, el cual se asustó mucho, hasta que, por fin, se escapó corriendo por entre sus amarillas patas.

Permaneció escondido todo el día, asustado de los gatos, de los perros y de los patos. Al anochecer reanudó su camino y pronto llegó a una gran casa. Metióse por debajo de una puerta y se vió, de pronto, en la sala de juegos de unos niños. En un estante había muñecas, una pelota en el suelo y sobre la chimenea un reloj de cuerda, unos soldados, y, arrimada a la pared, un Arca de Noé.

- Eres un juguete? - preguntó la muñeca mayor.

—No. Soy un chanchito verdadero, pero muy pequeñito—contestó Cebón.

Los animales del Arca de Noé acudieron a visitarlo. Había allí dos elefentes, dos osos, dos leones, dos tigres, dos canguros y dos vacas, así como dos cabras. En una palabra dos animales de cada especie.

Pero, desde luego, no estaban todos allí. Solamente había un cerdo y además era negro, y no cesaba de contemplar a Cebón

—¡Hola!—exclamó.—Al principio creí que eras el otro cerdo del Arca de Noé, que había regresado. Un día se quedó

solo, fuera del Arca, sobre la alfombra, y cuando la criada barrió al día siguiente, lo echó al cubo de la basura, y ya nunca más hemos vuelto a verle.

—Me siento muy solo sin él—dijo el chanchito del Arca de Noé,—Supongo, cerdito vivo,que te gustaría ser un juguete y venir a vivir con nosotros, en el Arca. Nos divertimos mucho, pues las niñas nos sacan con frecuencia y nos paseamos por el suelo. Te cuidaríamos mucho y seríamos muy buenos amigos tuyos.

Ya podéis comprender cuán contento se puso Cebón al oír aquella proposición. Frotó le jeta contra el negro hocico del cerdo negro y luego dió un chillido de alegría.

Pero cuando las niñas Ana y Margarita quisieron jugar al día siguiente, con los animales del Arca de Noé, se quedaron muy sorprendidas.

—¡Margarita! Aquí hay otro chanchito en vez del que perdimos—exclamó Ana cogiendo a Cebón.—¿Qué bonito y gordo está!. Parece que sea de veras. ¿Quién lo habrá puesto aquí?

Nadie lo sabía, y tampoco Papá o Mamá. La institutriz meneó negativamente la cabeza cuando se lo preguntaron, y lo mismo hizo Juana, la doncella, Nadie sabía una palabra. Ya podéis imaginaros cuán extrañados estaban todos.

Pero de todas maneras dejaron a Cebón viviendo en el Arca, junto a los animales de juguete.

Cebón se siente feliz. No ha crecido nada, y cada día se pone más juguetón y divertido.

LUCERITO WATT sabe que los niños reirán como él.



EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se dará buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de Septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrá más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la Página del Concurso.



Donga su nombre y direccion abenas colore este cuadro y envielo

"Mejor Luz Mejor Visión"

LA DISTANCIA DE 35 CMS.

es justo la que necesitan los ojos de la criatura



La iluminación deficiente obliga muchas veces al niño a aproximar el libro a los ojos, acercándolo a una distancia mucho menor que la normal para leer--es decir 30 ctms. Esto causa daño a la vista y por eso aconsejamos que se vigile la clase de luz que usa la criatura para leer.

Sus hijos podrán progresar en sus estudios y prevenir futuras enfermedades de la vista si Ud. dedica AHORA toda su atención a la iluminación de su hogar.

Compañía Chilena de Electricidad, Limitada